

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

LOS CAFES HABANEROS.

Por Federica Villech.

UNA de las cosas que más caracterizan nuestro pasado, y que dan una idea más acabada de su vida cómoda y sedentaria, y sin grandes problemas a resolver que la sacaran de su marchita, era la abundancia que había por aquellos años en nuestra capital de grandes y lujosos cafés y modestos y democráticos cafetines. Tanto de los primeros como de los segundos podría citarse un número infinito; pero contados son aquellos que por sus especiales condiciones y significación en nuestras costumbres han quedado impresos para siempre en la memoria de los que sobrevivimos a aquellos años. Algunos se conservan completamente renovados, otros permanecen intactos, como en su primera época, y los más han sido barridos por el bar moderno, sin dejar un detalle que los recuerde en lo más mínimo. Se parecen, en lo cursi y pintiparados, a esos nuevos ricos que no mencionan jamás, ni quieren que se les recuerde, sus años muertos de mugre y de miseria.

He aquí por qué son mirados

con tan hondo afecto por los viejos habaneros los contados cafetines de aquella época que se conservan tales y como fueron en su día, sin cederle una pulgada a la moda, ni al gusto moderno; siguen con sus mesitas redondas, no muchas, seis u ocho a lo sumo, de mármol amarilleado por el tiempo; con sus toscos mostradores de madera, en los que, cuando más, y eso para cumplir con las exigencias sanitarias, se le ha concedido unos palmos a la vitrolita, y un par de hornillas de gas a las niqueladas y pomposas cafeteras del día, que ya quisieran cocer el moka como sus modestas antecesoras de burdo metal, de los años 80 al 900.

El postalista y sus amigos recuerdan los cafés El Cuco y La Victoria, situados en la calle de la Muralla, y a los que de madrugada acudían los bailadores del Louvre e Irijoa, cuando terminaba el último danzón en estos bulliciosos templos de Terpsicore. Las alegres parejas invadían ambos cafés, según sus simpatías, entre ruidosas chácharas; y a veces

permanecían en ellos hasta que el ardiente Febo asomaba sus crenchas de oro por el Oriente, limitado allá al principio de la calle, sobre la vieja Plaza de San Francisco.

La Victoria era célebre por su pan a la romana—pan tostado y untado de mantequilla, desde luego asturiana, y bastante rancia por cierto. Hasta entonces nadie supo que los romanos comieran pan con mantequilla. Julián, el gallego sereno de la cuadra, so pretexto de poner orden en la concurrencia, venía de cuarto en cuarto de hora, buscando que le pagaran una toma para "ayudar la madrugada". Uno de los clientes más leales y asiduos de La Victoria era el joven periodista Rafael Pérez Cabello, conocido en el mundo de la prensa por su pseudónimo de "Zerep", Pérez al revés, y por entonces inseparable compañero del crítico Emilio Bobadilla, "Fray Candil", que luego se hizo tan célebre en la Península.

A "Zerep" se le veía sentado ante una mesa, tomando su acostumbrado vaso de leche fresca con ensaimada, en las primeras horas de la noche, invariablemente vestido de pantalón de paño a pequeños cuadros negros y blancos—"todos tenemos"—; correcto chaqué de alpaca negra; zapatos de brillante charol y lustrósima chistera, indumentaria que, con su acicalada barbita rubia terminada en punta, lo convertía en el verdadero tipo del gomoso creado por Cilla, el entonces popular caricaturista del "Madrid Cómic", de Sinesio Delgado.

En El Cuco, su dependiente, el asturianito Domingo, esperaba reclinada la cabeza en apacible sueño en una de las mesillas del fondo, a que, pasadas las cuatro de la mañana, llegara, como él decía, "la tropa ciega": estaba loco enamorado de una de las bailadoras célebres entonces, "Charo la Manzanillera", y ello daba motivo a la "tropa" para entretenidas guasas y burlas con el amostazado dependiente.

Sonaban por aquella época, y eran muy conocidos, contando cada uno con su clientela especial, los cafés El Garibaldino, en Teniente Rey y Aguilar, donde se reunían en amistosa camarade-



a

3

30

De este café de Luz se refiere un suceso muy interesante. Don José Baró, catalán millonario del tiempo viejo, acostumbraba a tomar café todas las tardes en aquel establecimiento, siempre servido por un mismo dependiente, al que se había acostumbrado, llegándole además a tomar un grande y sincero afecto. Un día el dependiente le dijo:

—Esta es la última tarde que le sirvo el café, don José.

—¿Y eso?—preguntóle el millonario, no sin cierto disgusto.

—Pues porque lo van a vender, y se dice que cambiarán la dependencia.

—Ma lo seguirás despachando, noy—repuso el millonario, con su cerrado acento catalán de costumbre.

Y, en efecto, don José Baró compró el café de Luz a nombre del citado dependiente, y éste, amo y todo, y ya después con los años capitalista, continuó despachándole muy a gusto el café a su desprendido protector...

Y el Alemán, tan ventajosamente instalado en la esquina derecha de Prado y Neptuno, sede de los súbditos de Guillermo II que celebraban allí sus gloriosos aniversarios con gran consumo de legítima cerveza de Baviera, y propiedad de don José Pujol, que también poseía con Benito Gutiérrez y Manuel Alvarez El Central, en la esquina opuesta de Zulueta. En el café Alemán de Prado se reunía cierto día del año, conmemorativo de una fecha nacional alemana, una familia toda de Baviera, que tenía un comercio "allá abajo", por Inquisidor u Oficinas; se sentaban a las seis de la tarde ante tres mesas que unían a propósito, y allí se estaban todos bebiendo cerveza Munich, sin parar, hasta las dos y las tres de la madrugada, impenetrables, callados, como rindiéndoles secreto homenaje a los emperadores, pretéritos y presentes, de Alemania, cuyas efigies se veían en relieve colgando de las paredes del café en grandes medallones de yeso. Componían la reunión los padres, los abuelos, los hijos, los novios y algún amigo íntimo, y según corrían los años, el grupo disminuía o se renovaba. A cierta hora avanzada de la noche, el olor a cerveza se mezclaba al penetrante del amoníaco, que corría líquido por debajo de las sillas... Cuando estalló la guerra mundial desapareció el grupo por completo.

En los primeros meses de la República veíase todas las mañanas de diez a once, sentado ante una de las mesas de este café Alemán, siempre en la que se hallaba situada delante del balconcillo que daba para los portales frente al Prado, al conocido y célebre co-

ronel republicano español, recién llegado a La Habana, don Nicolás Estévez—marcado porte militar; faz encendida, larga y puntiaguda pera blanca—quien el año 71 se había manifestado públicamente, en la Acera del Louvre, contrario al fusilamiento de los estudiantes; después de su des-

ayuno, que consistía en un vaso de leche helada con un panal, se dirigía al "Diario de la Marina" a corregir las pruebas de sus interesantes memorias que aquel periódico publicaba entonces en sus folletines.

El recuerdo del café Brunet, instalado en el vestíbulo del Gran Teatro de Tacón, va unido al de las compañías de ópera italianas y francesas que en aquél actuaban en 1860, 80, etc., y al de los magníficos bailes de Carnaval que en su época se celebraban en dicho teatro. Las abuelitas decían, allá por los años 70, 75 y 80, que en el café Brunet—el letrado se leía en el frontis de una de sus puertas que daba al parque en grandes letras doradas sobre un fondo azul desvanecido—se tomaba el mejor mantecado de La Habana, y se vendían las más sabrosas yemitas de huevo y coco. Allí tenían sus tertulias Enrique Hernández Miyares, Pancho Varona Murias, Figueredo, Agustín Cervantes, Pío Gaunaud, etc.—todos de bombín—y allí se concertó aquel histórico y frustrado duelo entre Miguel Figueroa y Fidel Domínguez, aquel periodista madrileño, uno de los secretarios que trajo de Madrid el general Salamanca, a quien éste obligó a reembarcarse para España en vista de su manifiesta cobardía, al cederle su puesto en aquel lance al periodista español Fernando Costa, quien resultó herido a sedal en una cadera. En el portal de este café, que también lo era del teatro, acampaba la caballería del general Arolas cuando los motines de los voluntarios españoles, el año 97, a causa del asalto al periódico de Arnautó, "El Reconcentrado". En este portalillo había un fuerte taburete de cuero para subirse sobre él el citado, excesivamente grueso general, y poder montar a caballo cuando daban sus cargas por el Parque y el Prado hasta la Punta.

OKU BHOAIGIONAVT

tos bolliticoa en
easo blyncitvra
retonalya es jrt
bol jos bopalyab
a codra yas lert-

ente' jo miamo ae
cos yuamagos' ae
ou baly jos bly-

lyerlyto qeaso de
shenlyeion e iua
e ese eadlyly de
lyente rlyoclye
lyzamyento de jz

de antoles clye
lyeales clyeas

boas ylyealos bo
y rlyealyonlye
lyealye blyealye
lyealye a rlyealye

lyealye democlye
lyealye en jz con
lyealye en ly e
lyealye clye
lyealye a ly ob
lyealye no
lyealye e jlyo
lyealye boz ea-

ol ajto' ey lyealye a jz lyealye de exte
ealye rlyealye a rlyealye de ylyealye lyealye
lyealye dlye malyealye lyealye
e conalyealye en lyealye rlyealye jz

lyealye de dlyealye
ealye en clyealye blyealye lyealye o golyealye alyealye
lyealye mlyealye dlyealye rlyealye no jlyealye clye

DOCUMENTAL

DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Carteles, junio 1911